La Social

Organo de la Agrupación Anarquista "Aurora Libertaria"

Secretaría: VENEZUELA 2502

Año I | Núm. 1 | BUENOS AIRES, ABRIL 15 DE 1923 | DISTRIBUCION GRATUITA SALE CUANDO PUEDE

La hora de la Revolución Social

En la vida de los pueblos hay momentos, en que el curso evolutivo de su desenvolvimiento, parece interrumpirse, lo mismo que el cauce de un torrente al tropezar en su marcha rumorosa por el llano con un valladar que se interpone a su paso, y se empeña en cerrarle su camino.

Y así como en el lecho del arroyo cuya marcha fué cortada por el dique, las ondas se agitan y forcejan; en el seno de los pueblos se agitan y resplandecen las ideas precursoras de justicia y las pasiones vehementes de libertad.

Cuando los pueblos atraviesan por estos períodos de estancamiento, en que se pone de relieve la decadencia de un régimen de convivencia humana, la sociedad, presenta el aspecto indescriptible de un caos.

A la par que florecen las bajas pasiones, los detestables instintos, la miseria, la destrucción de la raza, y la degeneración de esta merced a las pervertidas costumbres; en medio del fachinal hediondo, parece que naciera una bella florcilla, que con la hermosura de sus colores inundara todo con esperanza de redención.

Sí, porque en medio de la corrupción y las miserias morales y materiales, aparecen relampagueando, las pasiones nobles, los ideales generosos y las nuevas concepciones de la vida, prestigiando nuevos sistemas y formas de convivir que desvíen a la especie humana del abismo de su degradación y exterminio a cuyo borde se encuentra colocada.

Esos períodos — que se llaman de gestación revolucionaria — en la historia de las naciones son los que preludian intensas conmociones, que tienen la virtud de remover hasta los cimientos mismos en que se basa la sociedad, destruyendo cuanto prejuicio añejo anida en la mollera del hombre, y marcando nuevos jalones en el interminable sendero de los tiempos, porque atraviesa la Humanidad.

Hermoso espectáculo presenciamos, en aquellas horas trágicas en que un mundo se revuelca agonizando, y cediendo el terreno a otro cuyas formas se empiezan a plasmar. Es el pasaje del presente hacia el futuro, cual el amoroso abrazo de la sombra con la luz.

—

Recordemos los días que precedieron a la Revolución de Mayo de 1810, y contemplemos nuestro panorama social, y hemos de percatarnos rápidamente que vivimos las mismas horas de convulsiones, en que un régimen anacrónico, los estertores de su muerte presencia; mientras que en el arrebolado horizonte de la vida de los pueblos, carmíneas claridades presagian del sol de una nueva era el avenir.

Sí, pues, vivimos en una época idéntica a la que precedió los acontecimientos de Mayo de 1810, anunciadora de grandes transformaciones en el sistema económico, en las concepciones políticas, y en las preocupaciones morales de los hombres.

La historia parece repetirse bajo diferentes formas. En aquella época fulguraban los primeros albores de la democracia burguesa y hoy asistimos a su doliente crepúsculo.

El célebre alegato de Mariano Moreno en su «Representación de los Hacendados» en 1809 ante el virrey Cisneros, no era otra cosa más que el grito de protesta que la naciente burguesía argentina, lanzaba contra el sistema feudatario del monopolio comercial que España ejercía en estas regiones.

Y la protesta de la burguesía contra la opresión económica que soportaba, unida a los anhelos del resto del pueblo americano, que influenciado por las ideas democráticas de la época, aspiraba a ser poseedor de los mismos derechos políticos que gozaban los españoles; fueron la fuerza impulsiva que llevó a estrellarse contra las puertas de la sala donde sesionaba el Cabildo, las iras de la impetuosa ola humana.

La Revolución se inauguraba, pues, y las llamaradas del incendio que cundió por Francia en 1789 al 93, se reflejaban en el Plata y poco después se proyectaban en todo el continente americano.

En aquel tiempo la burguesía ríoplatense, abrigó la ilusión de que luchaba por la causa de la libertad del pueblo, y que sus intereses se identificaban con los del pueblo mismo.

A través de las declaraciones de la Asamblea del año 1813, es muy fácil entrever —sin necesidad de poseer tan penetrante mirada — que los revolucionarios de Mayo se inspiraron en la filosofía de la libertad del hombre y de la igualdad social, diferenciándose de los revolucionarios franceses, tan solo en lo referente a cuestiones religiosas.

Pues así como la literatura demoledora de Rousseau y de Voltaire — que prepararon la caída de Luís XVI — arrojaba profundos saetazos al corazón mismo de la religión, en cambio los revolucionarios de Mayo casi en su totalidad eran fanáticos creyentes.

El apóstol de la cruzada de Mayo — M. Moreno — al traducir el «Contrato Social» de Jacobo Rousseau, tuvo especial cuidado en proscribir todas aquellas páginas que negaban la existencia de mundos ultraterrenales, porque: «El autor tuvo la desgracia de delirar en materias religiosas».

«Vox pópuli, vox Dei». Ese fué el lábaro de los ideales que inspiraron la revolución argentina que pasó. Y este fenómeno se justifica, teniendo en cuenta que poco tiempo hacía, que el cristianismo había reemplazado al culto de Tupá Nandeyara, y a la religión del Sol; encontrándose por lo tanto con hondas raíces todavía en el corazón del pueblo. Pero a pesar de ser tan defendida la religión cristiana por los revolucionarios de Mayo, el solo hecho de abrazar la causa de la libertad económica del yugo hispano, y la independencia política de la dominación monárquica de Fernando VII — preocupaciones estas, puramente materiales — significaba el triunfo de la vida terrenal o mundana, por encima de las pretendidas divinidades.

El error inmenso que cometieron los cruzados de 1810, fué no haberse percatado que no habría igualdad social mientras la propiedad privada siguiera en pié, como tampoco la libertad reinaría, mientras tuviera que abdicar el individuo su personalidad, en holocáusto al monstruo Estado.

No obstante sus errores, carecemos nosotros de derecho, para enlodar de aquellos varones el recuerdo; porque — como decía Miguel Bakunine — «la ciencia social no se crea, no se estudia solamente en los libros; necesita las grandes enseñanzas de la historia».

De modo, que si bien es cierto, que la Revolución de Mayo no consiguió las apetecidas realizaciones de libertad — por haberse suicidado en el instante de nombrar un gobierno, y reputar sagrada la propiedad individual, — no es menos cierto que legó a la posteridad todo un caudal de enseñanzas, y que dejó planteado el problema de la emancipación del linage humano, que nos toca hoy solucionar.

—o—

Si pués, el problema que hoy nos toca resolver, es el problema humano, para salvar a nuestra estirpe de su degeneración o de su extinción como colectividad viviente. No se trata de una cuestión de clase, es un problema social.

Nos reímos nosotros de la «cuestión obrera» que tanto llama la atención de los sindicalistas, como también nos produce hilaridad el «problema de la mujer» que agitan como descolorido estandarte los feministas; y por lo general todas aquellas preocupaciones pequeñas que conciben las mentalidades estrechas, son acreedoras de nuestro mas grande desprecio.

El pendón de nuestros ideales es mucho más amplio y bajo sus pliegues pueden cobijarse las más sublimes aspiraciones.

No es la clase obrera, ni el sexo bello solamente, quienes sufren el flagelo del régimen absurdo de convivencia social, que hoy impera, merced a la ignorancia de los hombres. Todas las clases soportan ese azote. Pués ni en las clases privilegiadas mismas, los hombres de pensamientos elevados y sentimientos nobles, pueden vivir la vida en toda su plenitud.

Porqué el burgués que no conoció otro mundo que el del lujo y la opulencia, vive circundando por la torturadora duda en el cariño de su amada, pués no sabe si la mujer a quién adora, ve en él un hombre o un saco repleto de bolívares, soles, cóndores, argentinos y libras esterlinas. Y en medio de los oropelescos salones, donde suele ir en pos de placer y diversión, se pasma al pensar que el innumerable séquito de sus serviles admiradores, lejos de elogiar y cantar loas a los méritos de su persona; le adulan y doblan el espinazo frente a él, rindiendo homenaje al dios del siglo: el Dólar.

Y todavía, como si fuera poco la incertidumbre de su amor y sus amistades, contempla descorazonado las sendas columnas de los periódicos, donde los escribidores lacayos se deshacen laméndole de pié a cabeza — como las rameras — en holocausto a la ración cotidiana, del respetable plato de sabroso «yopará».

¿Y la mujer burguesa? ¡Oh, es terrible el drama que en su interior se desarrolla!

A pesar del esplendente lujo que su exterior la orna, es desdichada. Como mujer que es, fué esclava toda la vida, y como burguesa tiene que sugetar los impulsos de su corazón a los intereses, y dogmas morales de su rango. Para amar tiene que consultar el libro del «debe» y el «haber», y palpar la bolsa de su elegido. ¡Guay! de ella si llega a enamorarse de un plebeyo.

Si para la mujer de las clases dominantes, la sociedad es un presidio con rejas de oro, para la mujer proletaria es una cárcel con rejas de hierro y pintada toda color gris.

Flor de miseria, nacida en el jardín de la pobreza; no tiene otra perspectiva ante sus ojos, que la lóbreguez de una fábrica y la inmundicia de un lupanar, Si es fecunda y engendra, su prole será esclava de la fábrica o del cuartel.

¿Y qué diremos de las clases proletarias? Mucho tendríamos que decir, pero no diremos nada. Nadie ya ignora lo que son las ciudades industriales, ni tampoco desconoce la tragedia que presencian los cañaverales argentinos, los yerbales paraguayos, los cafetales brasileños, los gomales bolivianos y las salitreras chilenas. Verdaderos infiernos, que rugen ardiendo en las mismas entrañas de la América del Sud; donde el proletariado purga, no sabemos que divina maldición. Lugares de martirio, donde la clase proletaria vive en continua agonía; atrofiando su cuerpo y su mente, transformándose en un animal inferior al mono domesticado.

Y al mismo tiempo que la degeneración física y moral — provocada por la organización social absurda, de nuestros días — se apodera de las clases oprimidas; las clases privilegiadas también marchan por una pendiente, que las conduce al mismo precipicio.

En las clases de abajo, la miseria y el servilismo hecho costumbre; y en las clases de arriba la corrupción más refinada, y las orgías sibaritas, contribuyen a que la colectividad humana camine barranca abajo. Y a esto hay que agregar la prostitución y la guerra — también efectos de la pésima organización social — que contribuyen al general exterminio, convirtiendo la Sociedad en una perpetua hecatombe.

Nosotros para terminar con eso, invocamos la transformación del sistema de relaciones entre los hombres, de acuerdo a las modernas concepciones de la vida. Enarbolamos nuestro oriflama, de guerra al mundo viejo y corrompido, y llamamos a todos los que quieran acompañarnos en la cruzada por la regeneración de la humanidad.

Los que no estén con nosotros, que se hagan a un lado porque a nuestro paso arrollaremos todo; llevamos la fuerza de un alud que se despeña, nadie resistirá nuestra avalancha.

El reloj de la historia marca la hora de la Revolución Social. ¡A un lado con los obstáculos; paso a la Anarquía, pués!

—:o:—

De nuestro Glosario

—o—

Kurt Wilckens

—o—

He aquí un abnegado! Uno de esos hombres íntegros, que saben recoger en su corazón el dolor de todo un pueblo y fundirlo en la acción vindicadora.

Kurst Wilckens, recogió el dolor de más de mil quinientos madres, de más de mil quinientos esposas y tambien de más de tres mil niños que lloran en la orfandad; allá en el lejano Sud de esta factoría, por obra y gracia de la siniestra figura que se llamó Coronel Héctor Varela.

Y este hombre, supo acrisolar este valle de lágrimas en la bomba y el révolver: el llanto que aquel tirano ocasionó. Y su nombre hoy se agrega al de Radowisky y otros, que figurarán en los anales de la historia revolucionaria de este país, con caracteres indelebles. Esto no significa idolatría: esto es sinceridad. Pero..., dejemos por un momento de ensalsar su acción heróica y recordemos que el entregó su libertad y su vida por un pueblo, y este pueblo debe rescatar la suya.

¡Ah!... Pero, parece que no supiéramos donde está la sensibilidad del pueblo en estos casos; ésta no anida en el corazón del pueblo: aún éste tiene adormecidas las fibras sentimentales. Sólo en los anarquistas puede manifestarse, en el pueblo nó, no está nuestra mirada en él; si este pueblo anidara sentimientos nobles, tu hermano Wilckens, no estabas a estas horas en la cárcel. Tendremos los anarquistas este noble misión de no olvidarte, a tí, y a todos los inmolados

por la libertad, que malgrado los tiranos hábidos y por haber, ésta avanza y no la detendrán.

Por nuestra parte no escatimaremos esfuerzos.

¡Qué estas líneas te alienten en tu encierro!

¡Salud, hermano Wilckens!

—o—

Sacco y Vanzetti

—o—

«Vivir para ser libres, ó morir para dejar de ser esclavos», ha dicho P. G. Guerrero, y aunque el axioma paresca grave y terminante, existen hombres dentro de esta maldita Sociedad, que se ven precisados a jugar el todo por el todo, y llevarlo al terreno de la práctica.

Y esto, acontece en Norte América, donde uno de sus puertos obstenta una estatua simbolizando la libertad, y como una cruel ironía a lo que sustenta el símbolo frente al puerto de Nueva York: de este puerto adentro hay un hombre — Sacco — que por profesar ideas de libertad se ha condenado al hambre, poniendo en práctica el axioma de Guerrero.

Este símbolo fué una carreta que se colocaron los felinos del dólar, pero que hace ya tiempo ha rodado por el suelo.

Entre los muchos que se encuentran tras las rejas de las mazmorras de Yanquilandia se cuentan; Sacco y Vanzetti, dos rebeldes luchadores de nuestro ideal, que los buitres de Wall Street, estan tratando de aniquelar su vida; tal como lo hicieron con Ricardo Flores Magón, para extender aún más sus téntáculos sobre los productores de la riqueza social.

Y estos dos camaradas nuestros, hoy se encuentran bajo la garra de la proxeneta Temis, y ésta se muestra impávida ante el clamor del proletariado internacional y trata por todos los medios de no largar la presa.

Claro está, esta Diosa de la mancebía de la codificación, solo mueve el anca y ofrece sus veleidades al que le coloca en la balanza esterlinas.

Pero, ya ha de llegar nuestro día en que nos toque empuñar la cimitarra; y cuando este llegue: ¡Guay de vosotros! Proxeneta Temis, buitres de Wall Street, habéis de rendirnos el tocino que nuestra sangre os creó!

—o—

Por nuestros presos

A pesar de nuestra altivéz de hombres de lucha, no hemos llegado aún a condesar los sufrimientos que los esbirros de la sociedad Estatal, imponen a nuestros queridos presos, sepultados en las cárceles del país; y no hemos podido todavía ponerle un dique a la bestia que hinca la garra diariamente en la carne lacerada de nuestros aherrojados.

Y a pesar de nuestras ansias de libertad y altivéz, tenemos que soportar el duro martirio moral de contemplar tras las rejas a nuestros camaradas de taller y de lucha de ayer, estirarnos hoy desde la lóbrega mazmorra, la mano en demanda de solidaridad.

Se crispan nuestros puños, estalla nuestro pensamiento, al recordar la caravana de presos nuestros, que sepultados en vida vegetan en los antros carcelarios de esta «libérrima» republiqueta de cafres enlevitados, Y acuden a nuestra mente los lgares donde muchos de los nuestros se encuentran privados de los rayos vivificadores que el astro rey proyecta, y desfilan: San Nicolás, Sierra Chica, Ushuaia, La Penitenciaria: Sodomas de este siglo, y en fin; todos los lugares donde la fiera con figura de hombre levantó un antro de explotación junto a una iglesia, antro éste complementario del primero en la ruin tarea del embrutecimiento de las falanges que han de servirle a éste de carne de sacrificio, y allí tambien se levanta una cárcel, para someter por la violencia hecha ley, a todo ser pensante que no rinda tributo a la explotación e ignorancia. Y ahí donde hay una iglesia y un antro de explotación; ahí hay en la cárcel compañeros nuestros privados de aspirar el aire confortable que nos brinda nuestra madre Natura. Pero hoy estan demás nuestras dilaciones. Ellos dieron todo, todo lo que poseían: su libertad, y hoy nos cabe trabajar por la de ellos sin tregua en todo sentido, y no escatimar la acción solidaria, para los que rindieron el último esfuerzo por nuestro ideal de redención.

—o—

Manuel Carlés y su horda

—o—

APOTEOSIS

—o—

«Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a rios derramó doquier
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder».

JOSE MARMOL.

—o—

¡Oh, Mefistófeles! Por donde tus hordas cruzaron, sembraron la campiña de cadáveres, de Norte a Sud, de Este a Oeste, tus hordas segaban vidas de hombres fuertes; hombres dignos!

De entre los tingales, agazapados como reptiles en las alcantarillas destruían vidas y más vidas, para saciar tu hambre. ¡Caracará!

Sembrastes la campiña de cráneos de los que para tí sembraban trigo. ¡Miserable. Chimango! Y, hoy ambulas en la vida taciturno, y en tu obcecación buscas quizá refugio en los que visten tan negro por dentro como tú? No, tu no puedes regenerar satrápa: tú, te has nutrido de carne helada, con que tus hordas te ofrendaron, y solo corre por tus arterias pestilente veneno.

As cabado miles de fosas; miles de madres hoy te anatematizan, tirano! Pero..., mira, mira, las esferas del reloj de tu vida como marchan. ¿Eh?... ¿Qué?...... ¿Te encolerizas, cobarde? ¿En qué arcano tus hordas? ¿Gime el pretendido Atila argentino? No, no te impacientes, no detendrás al tiempo; y aunque le arranques las aujas, no detendrás la marcha del reloj, que ha de marcar tu crepúsculo y señalarte la hora en que te toque cabar tu fosa; y cuando ésta llegue, que mil puñales derramen el veneno que encierran tus arterias, ¡bestia iracunda! «¡Cristo negro, santo hediondo, vaso infame del Dolor!».

—o—

SALUTACION

—o—

Al sacar a luz esta pequeña hojita, no nos guía otro propósito que de expandir nuestro pensamiento; joven, como la idea que lo impulsa: La anarquía. Y al ver la luz pública «La Social», por intermedio de sus columnas, saludamos a toda la prensa anarquista y obrera revolucionaria del mundo, augurándole afirmación y prosperidad.

Y ya que saludamos a nuestra prensa, para no pecar de descorteses, hemos también de enviarles nuestro sincero saludo a los plumíferos que borronean los rotativos burgueses, a esas pulpas humanas que relegan a segundo término sus sentimientos y castran su cerebro, en holocausto a un plato de lentejas que le ofrece cuotidianamente la parasitaria y obtusa mentalidad burguesa; a esos filibusteros de la pluma les enviamos desde esta hojita nuestro rotundo escupitajo.

—

Las naciones están destinadas a fundirse, para formar una sola que destruya las fronteras.

CHEVREUIL

Alimenta tu cerebro. No pienses tanto en tu estómago. Este produce excrementos y aquél ideas.

E. CORRALES

OBSERVACIONES

Necesidad de capacitar la mentalidad de la mujer

—o—

No partiremos de los tiempos prehistóricos, para reseñar las diversas faces de esclavitud por que ha atravesado la humanidad; y sobre todo la mujer, pero si estractaremos algunos trozos de la historia a objeto de evidenciar su posición de hace siglos y la actual, que bien podríamos afirmar sin temor a equivocarnos, de correlativa.

La historia nos revela que, desde tiempos remotos, el ser masculino basándose en la potencialidad física, puso de manifiesto los primeros rasgos de autoritarismo sobre la mujer y trató de mantenerla en la sumisión y aislamiento, vedándola de todos los goces de la inteligencia y de todo roce social.

Así el hombre adquirió el derecho de ser propietario de la mujer como del hacha que poseía, para sus faenas diarias, y para ello dictó leyes que castigaban la infidelidad de ésta con todo rigor y le negaban todo atributo de personalidad, y la iglesia complementaba su obra ejerciendo su apostolado: desempeñaba como en el presente, su papel de alcahueta embotando la mentalidad humana con el culto a la Virgen, madre de un supuesto Cristo que hasta la fecha no ha sido posible comprobar su existencia, y otras supersticiones que atentan contra la naturaleza humana.

No podía la mujer ejercitar sus aptitudes porque la iglesia se encargaba de excomulgarla y el hombre la convertía a simple bestia de carga, perpetuando su ignorancia, procurándose con ello ventajas que redundaban en detrimento de la misma, y bien pocos eran los hombres y mujeres que sistemáticamente procuraban ir destruyendo este estado de cosas a través de las edades.

Así el hombre, a través de los siglos, ha tratado de obscurecer la mentalidad de la mujer inhibiéndola de todo conocimiento científico con el fin de afianzar su tutelaje y mantenerla dócil, para sus caprichos que conceptuaba necesarios de ésta, privándola de usufructuar todo derecho que para sí, el hombre iba conquistando gradualmente. Y la esclavitud actual de la mujer, difiere bien poco de la antiguedad.

El hombre, en pleno siglo XX, aún trata de enarbolar ese criterio abstracto de la inferioridad cerebral de la mujer, cuando la ciencia nos demuestra a gritos que su masa encefálica contiene tantas células como la del hombre y su mismo funcionamiento.

He aquí en el presente, en que el hombre debiera tratar de ir despojándola de los prejuicios atávicos que le inculcaron sus antepasados, la deja relegada al azar de la vida, sin preocuparse en absoluto de su elevación mental y llevarle un poco de luz a su obscurecido cerebro. Sin tener en cuenta para nada las funciones, que la mujer está llamada a realizar en la vida, y la reduce como en antaño a simple receptáculo de esperma.

Pero, no es el caso de entrar a analizar aquí, la capacidad intelectual del hombre en general; descontado queda que si a esto hubiéramos llegado, no vegetaríamos en esta sociedad decrépita y corrompida.

Lo que debemos de observar en este mal hilvanado esbozo crítico, es la actitud que asumen aquellos «hombres» que han adquirido ciertas nociones de la vida, y que tal vez obligados por su situación económica, acuden a nuestro campo de actividad libertaria y los vemos blasonar de haber abrazado ideales de redención humana.

Y ahora, observemos y analicemos serenamente la obra contraproducente. que para nuestros caros ideales realizan estos «hombres», a pesar que nos causa dolor describirla; pero hemos de sobreponernos a éste y empuñar el cincel demoledor de la crítica reflexiva, que en todos los tiempos ha tenido la virtud de ir mejorando a la especie humana.

Así constatamos en nuestro medio ambiente, la «labor» de estos prójimos y sus veleidades — cuando cruzan por su mente ideas de renovación cosial, al igual que cuando en medio de una calle nos sorprende un viento tempestuoso, que a simple golpe de vista aparenta barrer con el cieno; pero que cuando no media el agua no hace más que transportarlo hacia adelante; así sucede con estos «hombres», cuando tratan de ensayar la capacitación de «su» mujer o sus hijas (si por desgracia las tienen), intentan los primeros «golpes» a la mentalidad de ésta, para luego dejarla a mitad del camino cuando empieza a escudriñar los diversos problemas de la vida, que requieren una atención perseverante que la encamine a ocupar un plano superior al que ocupa.

Vemos a estos seres, previendo quizás una superioridad intelectual de parte de la mujer, vedarla de toda educación y conocimiento científico, tratando en esta forma de que no se sobreponga moralmente; evidenciando con ello su egoísmo, su autoridad marital o su incapacidad intelectual, que el tiempo se encarga de demostrarnos y reducirlos a la categoría de simples descontentos del actual sistema económico; acumulando con ello en la mujer su ignorancia, más adelante cuando falta la idea, al igual que el viento acumula el cieno cuando falta el agua que lo purifique.

Y la mujer colocada en esta disyuntiva, por lógica consecuencia tiene forzosamente que darle una falsa interpretación a nuestras convicciones que nos ocasiona repugnancia ver su profanación, debido a su carente mentalidad, llegando hasta el paroxismo verbal con visos, que bien podríamos intitular: libertinaje.

Y lo que más causa indignación es el beneplácito con que cuentan de parte de estos «hombres», que ven debatirse a la mujer en el principio de degradación moral y parecen complacerse de ello, pues, de otra manera no se concibe su comportamiento, y aún hay quienes tienen el tupé, cuando alguien les observa su actitud de sostener que no prosiguen en su «obra» de capacitación por no dar origen a la lucha interna..., porque la aman.

¿Que la amáis, habéis dicho? ¡Callaos, hijos de la lujuria!

¡No profanéis el amor!

Vosotros no sois capaces a ello, puesto que anheláis mantener vuestra «potencialidad moral» sobre ella, que os convierte a desempeñar el triste papel de carceleros de la libertad.

Cuando se ama, se educa y no se convierte a la mujer en esclava, siguiendo a otro esclavo como en la antigüedad.

—o—

La mujer, por su construcción orgánica, es la indicada al desempeño de las labores del hogar, labores que en muchísimos casos la inhiben de asistir a una biblioteca, o analizar determinada obra que podría arrojarle algún conocimiento o rayo de luz, que le llamara la atención hacia el porvenir.

Y ésta al reunirse al hombre, tiene una misión bien grande que cumplir, y que no debe de descuidarse, pues, por lógica consecuencia, al reunirse a éste sobrevendrá la procreación y ella la tendrá a su cuidado desde la lactancia hasta la pubertad, período en que despunta la reflexión y análisis en el sér, y que, si la mujer no posee una mediana capacitación bien poca o nula será su obra educacional y por consiguiente dejará que su reproducción busque las explicaciones de los diversos problemas que acuden a su tierna mentalidad en el ambiente que le toque actuar. Descontado queda, que si éste es vicioso, será uno más que remache las cadenas de la esclavitud.

Esto no significa un reproche a las teorías neomaltusianas, y mucho menos que estemos en desacuerdo, ni tampoco implica que concordemos con los que opinan que la «revolución», debe de hacerse tomando por base la procreación, no! No somos ilusos.

La revolución que ponga fin a los males que aquejan a la humanidad, ha de ser violenta, tiene que ser sangrienta, puesto que la actual sociedad está cimentada en la violencia organizada y ha de ser sangrienta la violencia que ponga fin a ésta.

Y no dejar tampoco, que ésta, a lo sumo, enarbole el «parche» exclusivista del Feminismo, pues, al reunirse al hombre, se hace compartícipe de sus dolores y alegrías y por lógica, debe participar también en la obra destructiva del hombre en todos luga-

res, si en realidad la considera su compañera.

Para lo cual debe saber la mujer, darle la verdadera interpretación a nuestras concepciones libertarias. Queremos señalar con esto, la misión de capacitacción mental de la mujer que están llamados a realizar todos aquellos que no quieran agrandar la impiedad triunfante, al reunirse a ésta dotándole de una mentalidad que le sea posible en casos de reproducccióu modelar los sentimientos de la misma y no legarle más esclavos al régimen imperante, acelerando el día en que termine la era de violencia y por ende cerrar el ciclo de las revoluciones.

Y esta obra están llamados a desarrollarla los que aniden en su corazón ideales de redención humana: los que estamos forjando un mundo nuevo que renueve los valores morales y sociales, para instaurar sobre las ruínas de esta decrépita sociedad un régimen de convivencia humano, basamentado en los principios filosóficos que encarna el comunismo anárquico.

JOAQUIN DOMINGUEZ

—o—

De nuestra fauna

Entre los curiosos tipos que el zoólogo encuentra en la fauna argentina, es digno de mencionarse por lo ridículo y presuntuoso: el «cajetilla».

No es este ningún animal feroz, como pudiera serlo el yaguareté morador de nuestras virginales selvas; sino por el contrario es educado, honesto y respetuoso.

No habita ni en cavernas, ni en pajonales, sino en los grandes centros urbanos que constituyen su único universo.

Como ya he dicho, el animal que nos ocupa es respetuoso, honesto y educado, ¡pero, sabéis lo que significa el respeto, la honestidad y la educación, en la jerga que dialegan esos execrables seres? Pues significa lo mismo que en el lenguaje de un hombre que piensa, se diría: cobardía, imbecilidad e hipocresía.

El «cajetilla» es un ciudadano de orden, incapaz de sublevarse contra la autoridad, porque le parece que la Constitución, los Códigos y las leyes, que fueron dictadas en otro siglo, tuvieron la virtud de responder a las necesidades del presente y del porvenir. Ignoran los «cajetillas», que los parlamentarios que dictaron las leyes eran hombres y, por lo tanto, falibles como todo lo que es humano; tampoco entienden que una vez pasada la época en que fueron sancionadas, las leyes se transforman en un obstáculo para la evolución, y que la evolución es una Ley Natural a la que están sujetos todos los seres y objetos del universo.

Para ellos, toda la sabiduría humana está encerrada en los apolillados códigos, y los esbirros que los aplican, por eso se inclinan respetuosamente ante el monstruo autoridad.

El servilismo es la virtud cívica que más cultiva el «cajetilla», que es el prototipo del ciudadano porteño.

El cabaret, la mancebía y otros lugares de degeneración física y moral, son los sitios predilectos de aquellas caricaturas de hombres, donde dan rienda suelta a sus pervertidas costumbres, y encuentra refrigerio su inmensa vaciedad de cerebro y corazón.

En público, el ciudadano porteño es muyy decente: viste a la moda, se empolva la cara, lucen áureos zarzos sus manos afeminadas que jamás conocieron la labor, sabe de memoria los preceptos del «Manual del Perfecto Caballero», y hasta se sonroja de rubor cuando frente a su domicilio funciona una casa «non sancta», porque atenta contra la moral.

Más de cuatro Sociedades de Fomento — que son lugares donde se reunen estos hombrezuelos a distraer sus ocios, — más de una vez han colocado el grito en el cielo condenando la prostitución, y pidiendo a tambor batiente a las autoridades, la clausura de los lupanares para la mejor conservación de las «buenas costumbres de nuestra culta ciudad», que por muy poco se diferencia de la Sodoma bíblica, ante la vista de un audaz observador.

No llegan a comprender estos hipócritas defensores de la moral, que la prostitución es una consecuencia fatal del régimen social que hoy existe; y que si la prostitución es un mal de funestos resultados para los humanos, la única forma de destruirla, es destruyendo el régimen que la genera.

Pero resulta, que para sacar estas conclusiones es necesario pensar: ¿Y qué van a pensar los «cajetillas» porteños? Si tienen el cerebro atrofiado debido al desordenado régimen de vida que llevan, los vicios y taras que corroen su alma; y sus únicas preocupaciones se reducen a estar bien con el partido gobernante, concurrir al comité político a engullir la prosaica empanada y saborear el delicioso zumo de la vid.

Y de los dirigentes de las Sociedades de Fomento que generalmente son socialistas, tampoco se puede esperar ningún razonamiento sensato. Estos viejos curanderos en sociología, llevan la obsesión de curar con cataplasmas legislativas, el cáncer social que requiere una operación con el bisturí revolucionario.

Pero dejemos un momento a los curanderos de referencia que sigan su sabática danza en el aquelarre de su partido y sigamos estudiando el bípedo que nos ocupaba.

El «cajetilla» porteño es un perfecto «aguará», hace alarde de joyas morales que jamás adornaron el saco de podre y huesos, que constituye su diminuta personilla.

Cree el muy zote, que porque vegetó en la gran urbe desde que dió su primer vagido en su cuna, que en su cabeza se alberga Atenas; eso sí es que cabeza se le puede llamar a la calabaza que sobre sus hombros reposa.

Presume ser muy erudito y de vez en cuando muerde los libros como los roedores; también suele gastar sus diez centavos en un diario, pero es tan solo para llevarlo debajo el brazo como lúcido ornamento, y enterarse quién fué el campeón que rompió mayor número de mandíbulas, porque ahora el pugilato es un deporte que para la gente menguada es el fiel exponente de la cultura física.

Mientras tanto, para los hombres que llevan clavada la pupila en el porvenir y sueñan con el diluvio social, que sepulte esta ciudad prostituída bajo sus lavas redentoras, el pugilato es el signo más elocuente de la bancarrota de la civilización burguesa, así como los juegos de Crrco ainunciaron en otrora el crepúsculo sombrío de la civilización romana.

El «cajetillaje» que infecta la metrópoli, es ferviente idólatra de Firpo, ante él se prosterna y besa religiosamente sus pezuñas.

Como también son patriotas los patanes, se enorgullecen de que este bruto de mundial fama haya nacido en esta tierra que baña el Plata y arrulla con sus rumorosas ondas el Paraná.

¡Cuánto mal sin de ello darse cuenta consumaba J. Garay, cuando reconstruía la ciudad que hoy cobija tanto insecto!

¡Y cuán grande la sabiduría de los indios querandíes que incendiaron la primera población que fundó P. Mendoza!

¡Y sublime la ingenuidad de Barco Centenera, cuando refiriéndose a Garay contaba «ü que provecho, en esta tierra mucho ha hecho»!

No se imaginaba el poeta que para la humanidad, muy poco provecho era fundar la guarida donde más tarde había de habitar el «cajetilla», el tipo más asqueroso de los que se encuentran en la exhuberante fauna argentina.

CUARAJHY MEMBUI.

—o—

Del Mundo Político

El Partido Sindicalista

—o—

Una fracción enemiga apareció recientemente organizada en partido, en el escenario de la política argentiua.

Sea pues este primer dardo, nuestro saludo de adversarios irreductibles, a los que frente a nosotros se encontrarán siempre en el terreno de la lid.

El partido de referencia es la llamada Alianza Libertaria Argentina, que a pesar de su reciente aparición, hace ya algunos años que diseñaba la tendencia por ella encarnada.

Los elementos que constituyen ese partido enemigo — como autoritario que es — en otro tiempo estuvieron junto a nosotros quizá por equivocación, y hasta pretendieron hablar en nuestro léxico, vestir nuestro ropaje, y hoy mismo se permiten el lujo de designarse con nuestro propio nombre: anarquistas; para mayor injuria a los ideales que tanto amara Bakunín.

Nosotros no hemos de disputarles la calificación de libertarios, que ellos indebidamente se adjudican; es decir no los vamos a excomulgar porque nunca nos hemos creído pontífices de las ideas, que con el calor de nuestros entusiasmos juveniles defendemos. Más aún, ha sido siempre convicción nuestra, que la anarquía carece de autoridades ideológicas; diferenciándose en esto de todos los partidos autoritarios — que como las sectas religiosas — instauraron su iglesia política, provista de su correspondiente Pontífice y sus Sagradas Escrituras. Es en esto donde mayormente se evidencia la importancia del anarquismo, como teoría de transformación total y como moderna concepción de la vida: en la ruptura del dogma.

Así que sin la menor intención de descalificar a los que nunca se encontraron en condiciones de ser «calificados», hemos de declarar que nuestro asombro fué grande y sin límites nuestro estupor, cuando en el manifiesto constitutivo de la A. L. A., vimos que esta pretendida institución libertaria, abriga la genial idea de conciliar la anarquía con su fórmula: «Todo poder a los Sindicatos».

Pesimistas en las facultades creadoras de los pueblos, y en la iniciativa libre de los hombres sin otros lazos que el libre acuerdo, esperan todo de la omnipotencia del Poder, los «libertarios» de la Alianza.

Con las teorías de Marx en la mano, afirman que la revolución es el punto culminante de la lucha de clases, donde el proletariado impondrá su dictadura.

Distínguense de los comunistas, en que éstos bregan por un Estado Proletario, mientras que los «libertarios» impregnados de un espíritu sindicalista puro, abogan por que la dictadura sea ejercida por las organizaciones sindicales; de tal suerte que sería preciso ser miope para no ver que tanto unos como otros marchan hacia la dictadura obrera, y solo discrepan en lo que se refiere a la estructura del organismo gubernamental con que sueñan.

Siendo tan pequeña la diferencia que existe entre los comunistas y estos sindicalistas que en un desahogo humorístico se llamaron libertarios. ¿No queda la Alianza «Libertaria» Argentina reducida a un simple apéndice del Partido Comunista?

Desde luego, ya que muy corta es la distancia que los separa, y un fuerte lazo moral los acollara: el concepto clasista de la revolución.

Nosotros nunca hemos discutido cuál es la mejor forma del látigo, hemos repudiado el látigo en sí, como instrumento de tortura; es decir nunca nos interesaron las formas de gobierno, y combatimos el principio de autoridad por ser éste la negación más rotunda de la personalidad humana, y para nosotros la revolución es una necesidad del género humano y no una simple explosión de un proletariado hambriento y estúpido, cuyo único ideal se reduce a una ración de gazpacho.

Entre la A. L. A. y nosotros media un abismo, que solo la inmensa ceguedad mental de los encéfalos adiposos apenas llega a colmarlo.

Estériles completamente resultan los esfuerzos que hacen los gaznápiros redactores de las truculencias mal hilvanadas que llenan las columnas de «El Libertario», para barnizar de anarquismo a la formulilla: «Todo poder a los Sindicatos».

Pues todo el bagaje doctrinario con que aparece pertrechado el Partido Sindicalista, ostenta la marca de Marx, por más que quieran ocultarla con un lenguaje contradictorio y confuso los perínclitos gacetilleros del organillo pordiosero, que hace las Ýes de paladín en la alianza de marras.

Pero tratemos de sacar algo en limpio, de aquel fárrago de sandeces, y supongamos que hubiera la revolución abatido a la organización social que hoy impera, y todo el poder pasara a las callosas manos de la Unión Sindical Argentina.

Como quieren los «libertarios» de la alianza.

Admitamos la hipótesis también, que un Sindicato cualquiera no cumpliera por diversas causas «ad pedem litterae» las disposiciones del Comité Central Sindical. ¿Qué actitud asumiría este?

—Aplicarle «ipso facto» la dictadura —nos responderían con toda seguridad los ganforros sindicalistas, sin darse cuenta los muy «ingenuos» que para aplicar la dictadura, necesitaría la U. S. A. tener a su servicio, la ley, la cárcel y el esbirro; y todos los instrumentos de coacción y tiranía que sirven de pedestal al Estado Comunista de Rusia.

Los Sucesos del Norte

—o—

Es el norte argentino, región muy accidentada, cubierta por una sucesión de altiplanicies que forman las primeras escalonadas de la meseta biliviana.

Esas comarcas son cruzadas por varias cadenas montañosas que se desprenden de los Andes, formando hermosos valles donde todavía se encuentran, tesoros arqueológicos, como vestigios de una civilización que murió.

Hasta hace pocos años, en aquellos soñolientos valles; no se conocía el flujo y vimiento social, ni el aleteo de las ideas nuevas en la mente de sus pobladores.

Tan solo las supersticiosas leyendas del «cacuí», la «mula-ánima», y la «salamanca», se paseaban por las breñas cual hórridos fantasmas, mientras el eco melancólico del «yaraví» inundaba los valles y quebradas, como si el alma de la raza calchaquí llorara su libertad perdida.

Sí, porque el «yaraví», canción que no se canta, sino se llora, lá entonó en la «quena» aquel pueblo, cuando fué sometido por la civilización del Imperio de los Incas primero, por la española después, y más tarde por la civilización burguesa; cuyas bases son la explotación económica, la opresión política y la mediocridad moral; sin otro cemento que la sangre coagulada del pueblo vilmente masacrado, y sin otros puntales, más que las bayonetas del Estado argentino.

Pero aquel pueblo, que parecía resignado a llorar su esclavitud en los gemidos del «yaraví» y en los suspiros de las tiernas «vidalitas» — y que abrumado por las inhumanas faenas de los cañaverales y las selvas, danzaba la donosa «chacarera» queriendo olvidar sus pesares — aquel pueblo se levanta airado, imprecando contra sus amos, sus dioses y gobierno.

El norte argentino sufre las convulsiones espasmódicas, que sufren todos los pueblos del orbe en la hora presente. No pudo sustraerse a la ley natural, encarnada en la axiomática frase: transformarse o perecer.

En aquellas comarcas — que fueron piélago donde el corazón humano, bogaba en una onda de ternura y de tristeza — hoy cruza cual un rayo, el broncíneo alarido del clarín.

El pueblo se ha puesto en movimiento, y marcha hacia el porvenir en busca de un Canaán soñado, donde reine majestuosa la libertad.

Y aquellas falanges de desheredados que han emprendido la cruzada social, llevan como antorchas de orientación a «Adelante» y «Tierra Libre» que con sus luminosos rayos, apuñalean fieramente las densas tinieblas en la obscura noche de los siglos.

Apenas hará un año no más, que Tucumán sintió los estremecimientos de una huelga general contra el Estado, y a este flujo revolucionario siguió como reflujo la reacción guberuamental, que deportó al compañero R. Alcaraz arrojándolo a tierras bolivianas.

Actualmente nos dieron grata sorpresa, los sucesos recientemente acaecidos: la insurrección de campesinos y la huelga general de Jujuy. Pero ¡ay! sentimos en nuestras propias entrañas los desgarrones del entrevero; hermanos nuestros cayeron en la refriega, pagando el sublime tributo de sangre a la causa de la liberación.

La prisión del compañero A. Bianchi, y los brutales apaleamientos que le infirió la policía quichúa, no pueden servir de otra cosa mas que de acicate a los rebeldes del Norte, con quienes nos sentimos hermanados por los mismos anhelos de redención.

Bien decía, hace algunos años; cierto revolucionario italiano — cuyo nombre no recuerdo — que: «Si es una frase romántica el decir que la persecución favorece

en todos los casos a las ideas perseguidas, es también cierto, como lo comprueban todas las experiencias históricas, que ninguna idea grande pudo triunfar, que ninguna civilización pudo inaugurarse, sin que en sus comienzos fuese fecundada por torrentes de lágrimas y sangre. La aureola del martirio fué siempre el sello de las causas destinadas a triunfar».

¡Tiemblen todos los tiranos! Horroricense se de espanto las clases dominantes ante el avance del pueblo, porque si pretendéis interceptar su paso — como la corriente de un gran río — os ahogará la inundación.

SUSANA YBARRA.

VIRGEN Y MADRE

—o—

Allá vá por la obscura encrucijada, su rostro lleva grabado el estigma del dolor.

Con paso vacilante: pensando en su mañana incierto, continúa la «vía crucis» a que la Sociedad la condenó.

La noche es fría, glacial, y más; llovizna... Pero ella sigue por las lúgubres calles, mostrando su sonrisa a cualquier patán.

Su sonrisa ¡oh, ironía! es una mueca de dolor.

Sigue su marcha, ofreciendo al viandante a trueque de algún dinero, sus caricias fingidas, cual mercancía vil.

¿La conocéis vosotros? Yo sé su triste historia: es una mártir de esta maldita sociedad. Marchitó la flor de su juventud, en medio del infernal baladro de una fábrica; luego como llevaba un corazón entre el pecho, sintió los estremecimientos de una ferviente pasión.

Amó, gozó, engendró.

¿A quién amó, me preguntáis? No lo sé. A un proletario quizá, a quién el dogal del salario le impidió formar su hogar; o talvez a algún burgués zaino, que después de mancillar su cuerpo con sus bestiales instintos la abandonó.

La sociedad — ¡oh, malvada sociedad !— la señaló con el índice, la escarneció.

El pequeñuelo — fruto de su ilusión perdida — necesitaba abrigarse, y alimentarse. ¿Y cual sería la tabla de salvación, donde volvería los ojos aquella desdichada madre, naúfraga en medio de aquel mar? No lo sé.

Solo sé, que hoy marcha como Cristo hacia el Calvario, con una sonrisa a flor de labios y ahogando un sollozo en su garganta.

Solo sé, que por las lúgubres calles, marcha vendiendo sus fingidas caricias, a los noctámbulo que aciertan a pasar.

Allá vá, miradla. Su paso es vacilante y su cuerpo está extenuado. Habrá caminado mucho, comido poco quizá.

Dolientes armonías brotan de un misterioso piano, de una mansión señorial. Ella detiene frente al pórtico su marcha para escuchar...

¡Oh, yo sé que tragedia en su corazón se desarrolla!

Ha prorrumpido a llorar.

Y mientras el mundo la desprecia y vilipendia, yo no puedo contemplarla sin caer de hinojos, ante la sagrada mártir de esta infame Sociedad.

GUILLERMO WALKINGSTICK.

—o—

Filosofícula del amor

—o—

Hay infinidad de hombres que creen amar a una mujer, que afirman sentir verdadero amor hacia ella y que, sin embargo, no la aman. No es que mientan, no es que simulen, es que no saben lo que es amor.

El amor no es tan fácil de sentir como algunos presumen.

Hay quien dice amar a una mujer porque ella le enardece, porque despierta sus instintos carnales. ¡Pobres ilusos! Esto no es amor, es sugestión.

El hombre que deje tomar albergue en su mente a la idea de posesión de la mujer amada, el que ansíe efectuar ese acto completamente natural que se llama coito, no la ama, es sólo un egoista que no siente hacia ella amor, sino «pasión carnal».

El que encuentra una mujer desgraciada, despreciada por la sociedad o que viva sola en el mundo y que se une a ella por alguna de esas causas, no la ama, la compadece y la compasión no es amor.

El verdadero amor nace de la afinidad. Dos seres no afines no pueden amarse.

El verdadero amor es noble, desinteresado, inmaculado. El amor está adornadc con hermosa poesía y el que lo despoje de esa poesía, el que no trate de conservarla, aún en los supremos instantes, es un inconsciente.

La mujer a quien uno se una no debe tenérsela, como creen muchos, para deleitarse con los placeres sensuales, para sentir siempre el contacto de su carne. Esto es indigno. Entre los animales es la hembra la que busca al macho y no ésto a aquella. Los actos sensuales deben efectuarse cuando se sienta verdadera necesidad y efectuarlos conscientemente, revistiéndolos con la mayor cantidad de poesía amorosa con que se pueda cubrir ese acto natural, pero bestial.

No ama verdaderamente el que le dice a la mujer «mía o de nadie», si ella no le acepta. Este hombre es un egoista e inconsciente, pues ningún placer le proporcionaría el vivir con quien le rechazare. El amor es altruista. Los egoistas no pueden amar. No ama tampoco el que mataría a la que se hubiera unido a él porque se fuera de su lado. Este no es, como dicen muchos, un «crimen del amor». No, es un crimen resultante de la inconsciencia del individuo. El amor es finito. Cuando se pierde la afinidad que lo engendró el amor se extingue. Hay quien dice: «Es mi esposa y la ley le obliga a vivir a mi lado». El que tal diga no ama, ni tiene sensatez. ¡La ley! ¿Qué es la ley? ¿Es ésta, acaso, la que engendra el amor? ¿No es el amor anterior a la unión?

La ley y la iglesia son dos absurdos establecidos y mantenidos por la inmunda, pestilente y ulcerosa sociedad. No se ama porque la ley o la iglesia haya autorizado la unión. Este acto no da más amor que el que se tenía antes. Entonces, ¿cuál es su objeto? Mantener miles de parásitos sociales, viles reptiles que se arrastran por el suelo envenenando cerebros con su asquerosa ponzoña; sostener esa «langosta negra», rémora del progreso y la civilización.

La mujer debe ser siempre, en todo tiempo, completamente libre. El día que notara que el amor hacia el ser a quien se unió se va extinguiendo debe levantar el vuelo y buscar otro ser afin al suyo, pues el amor es extinguible; puede amarse hoy y dentro de una semana no, y nadie tiene el derecho de presionar sobre la vida de sus semejantes.

Hoy día se ama muy poco. Generalmente se comercia con el amor y otras veces por no saber lo que es el verdadero amor, los seres se engañan a sí mismos.

El verdadero amor es altruista y consciente; es engendrado por la afinidad. El verdadero amor no reconoce edades, razas ni posiciones sociales.

Red STRUGGLER

—o—

Prensa recibida

—o—

Hemos recibido en estos últimos meses los órganos siguientes:

«La Tierra», Salto (R. O. del U.); «Surco Proletario», Godoy Cruz (Mendoza); «¡¡Tierra!!», de La Coruña (España); «Ideas y Estudios», de Montevideo; «Cultura Obrera», de Nueva York, (paquete); «Acción Consciente», de Cuba, (paquete desde el número 1 al 9); «L'Agitazione», Boston, Mass; «A Plebe», San Paulo (Brazil); «A voz de Uniao», San Paulo (Brazil); «El Trovador» y «Suplemento Semanal», de Junin; «Redención», de Alcoy, (paquete desde el número 70 al 95); «Nueva Luz», de Cuba; «Líbero Acordo», de Italia; «¡Adelante!», de Tucuman; «Tierra Libre», de Tucumán; «Renovación Proletaria», Herrera, Sevilla (España), recibimos de esta editorial tres de los volúmenes editados; «Ideas», de La Plata; «Tribuna del Magisterio», Buenos Aires y «Solidaridad», de E. U nidos.

—o—

Pro defensa de K. Wilckens

—o—

Damos a publicidad, para satisfacción de algunos donantes, las dos listas que la agrupación levantó; no obstante haber sido entregado el importe y publicadas en «La Protesta», en el mes de Marzo del corriente:

Lista Núm. 1:

Daniel, 1; Un compañero, 1; Lucio, 0.50; Desinelli, 0.30; A. Policelli, 0.20; Agustín 0.50; Negro, 2; Santiago. 1; A. Lidsky, 0.50; Manuel, 0.50; Beucep, 0.50; Piscan, 0.50; Israel Socariszeky, 0.50; Migeicobsky, 0.50; Un compañero, 1; Alejandro, 0.50; Anárquico, 0.40; Solidario, 0.20; Pascualito, 0.50; Una compañera, 0.50; Elías, 1; Galimberti, 0.50; Ferri, S., 1; El Añamembuy, 0.15; Pytá Igotí, 1; Flir Silvestre, 1.25.

Lista Núm. 2:

Carajhy Membuí, 0.50; Petei Encarnaceno, 0.50; Un cajonero Funebrero, 0.40; P. Calderón, 10.—; R. Navarro, 5.—; Flor Silvestre, 0.60. — Total general, pesos 34.50.

1º de Mayo

—:o:—

¡Esclavo del salario, paria de la vida; abandona el tugurio suburbano que tienes por hogar, y levanta en este día la frente; y muéstrale a tus opresores que tienes algo de noble en ti!

¡Muéstrate insurgente con los tuyos en las céntricas calles de la urbe, donde se pasea diariamente la canalla que te oprime; demostradle los puños crispados, si no tienes algo más contundente!

No te lamentes de tu esclavitud. ¡No seas mendigo!

Salid a la calle a protestar contra los crímenes cometidos en esta fecha, y contra la injusticia hecha ley; salid a conquistar la vida; si no quieres vegetar eternamente en la esclavitud. El 1.º de Mayo, solo los judas lo festejan, si tú no eres uno de ellos: protestarás!

¡Salid a la calle, esclavos del salario, parias de la vida!

¡¡Tened un gesto tan siquiera!!

—o—

Rincon Literario

Mi caracter

A la maldad opongo el duro bloque
de que se forma este carácter mío,
y así resisto el formidable choque
cual un atleta imperturbable y frío.

La fe que tengo en mi virtud es mucha,
y, cuando encuentro en mi camino un necio,
me defiendo tan sólo en esa lucha
con la férrea coraza del desprecio.

Y por eso que indiferente vivo
al ataque de espíritus vulgares;
cada día más fuerte y más altivo;
¡ellos se estrellan en su furia loca
cual se estrellan las olas de los mares
al encontrar la inconmovible roca!

MANUEL PAQUEZ (hijo)

—o—

Las Ideas

Surge a veces, en el llano
y en la loma a veces brota,
susurrando mansamente
como de una arteria rota,
cristalino manantial.

Manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura,
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura,
como sierpe de cristal.

Dadle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y desplega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.

Ya se vuelva en un ribazo,
ya se vuelva en una hondura,
ya parece desde lejos,
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
deja el llano, cruza el monte,
y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar

La saluda el ave errante,
con dulcísimos gorjeos,
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos,
a la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho en que fermenta
la ansiedad del infinito,
la inquietud del porvenir.

Y creciendo y avanzando,
el raudal se torna en río,
impertérrito y sombrío
y va el río tumultuoso,
¡con el mar a combatir!

Así nacen las ideas,
manantiales de onda pura,
las ideas, que no tienen
más escudos ni armadura
que el escudo de la fe.

Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean,
¡y se allanan las montañas
y los páramos chispean
a los golpes de su pie!

OLEGARIO V. ANDRADE

—o—

La Despedida

Es preciso partir, Madre, me voy.

—Estabas escondido, como mis deseos, en mi corazón. Estabas con las muñecas de mi infancia, y cuando con barro moldeaba la imagen de mi dios cada mañana, eras tú el que hacía y deshacía por placer. Estabas en el mismo altar que nuestra divinidad familiar. Adorándola, te adoraba a tí. Has vivido en todas mis esperanzas, en todos mis amores, en mi vida, en la vida de mi madre. Te has nutrido en la devoción del espíritu inmortal que nos preside. Cuando era joven y soltera, mi alma abría sus pétalos como un perfume alrededor del cual flotaba tu espíritu. Tierno y débil, florecías en mi interior, como una luz en el cielo antes de nacer el sol. Favorito del cielo, hermano de la luz matinal, flotaste en la corriente de la vida universal, para caer, por último, en mi corazón. Cuando te contemplo, me asalta el misterio. Tú perteneces a todo lo que es mío. De miedo de perderte, te oprimo contra mi pecho. ¡Qué prodigio misterioso permite a mis débiles brazos ceñir el tesoro del mundo!

RABINDRANATH TAGORE

No obstante conceptuar un algo metafísica «La despedida», de Tagore, la insertamos, por encarnar la idea, que en todas las manifestaciones de la vida, antecede a la materialización. — Nota de Redacción

En defensa de Makno

Compañeros anarquistas:

Ahora conocemos bien el asunto Makno y henos aquí a este respecto exactamente informados. Nuestro camarada Makno es víctima de una cobarde provocación por parte de los comunistas autoritarios, que recurrieron a la policía polaca para sepultarlo en la prisión.

El estado de salud del camarada Makno es muy alarmante.

Las condiciones de su prisión son crueles.

La innoble democracia polaca es capaz de todas las canallerías.

Los bolcheviques tratarán de comprar a la justicia polaca para hacer condenar inocentes.

Elevad, pues, vuestra poderosa vozz de protesta. Solamente la agitación internacional puede salvar a Makno de morir en la prisión.

Organizad demostraciones contra los representantes del gobierno polaco. Haced llegar protestas a las autoridades polacas, a nombre del presidente de la República Woitiechowski, y al mismo tiempo enviad voces de censura al Partido Comunista ruso y a la III Internacional.

Haced conocer la verdad a los proletarios de todos los países y pedidles su adhesión a vuestra campaña por la libertad de Makno.

CASIMIRO TESLAR.

Varsovia.